



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

A

## Reseñas

Autor:

Revista:

Anales de Historia Antigua y Medieval

1971 - 16, pag. 427 - 440



Artículo



**FILO:UBA**  
Facultad de Filosofía y Letras

FILODIGITAL  
Repositorio Institucional de la Facultad  
de Filosofía y Letras, UBA

## RESEÑAS

JULIEN COUDY, *La chute de l'empire romain*. Juilliard, París, 1967.

Julien Coudy en este tomo de la colección testimonial de Juilliard: "Il y a toujours un reporter", antes que replantear el viejo problema de las razones y motivos de la caída del imperio romano quiere —así lo declara— mostrar lo que ve y comprende quien vive en un período llamado de decadencia. Porque, en efecto, no es fácil presentar esas razones y motivos, el juego de fuerzas enfrentadas, el imperio y poder de cada una de ellas. Romanía y Germania se enfrentan. Con frecuencia los historiadores han estimado ambas entidades con juicios de valor que procedían en ocasiones de las palabras de los testigos, palabras naturalmente apasionadas y no siempre clarividentes. Por ello importa el testimonio de los contemporáneos dándole previamente la dimensión que tiene que asumir para el historiador o el estudioso.

En todo caso, las dos entidades que se oponen primero, que se integran después, han comenzado a conocerse y a acercarse desde mucho tiempo atrás que la relación se planteara en términos violentos y definitivos para el imperio. Precisamente por ello el libro que comentamos se divide en dos grandes partes tituladas: *Les problèmes insolubles* (de 235 a 295) y *Les fleaux de Dieu* (de 395 a 476). En la primera, los testigos hablan de los males que afligen al imperio, de su difícil definición como forma política cristiana, de su curiosidad e interés por tan inquietantes vecinos, los bárbaros.

Roma y Cartago, a pesar del temor y la incertidumbre todavía en las primeras décadas del siglo V conducen una vida despreocupada. Salviano nos deja la descripción de la corrompida Cartago. Amiano Marcellino habla de la majestuosa arquitectura de la Roma imperial y de la fastuosa vida de sus habitantes hacia el año 360, del gusto por las vestiduras refinadas, de los banquetes excesivos, de los espectáculos graciosos y despreocupados, de los juegos de azar. Una apariencia de prosperidad, una real penuria económica que ya revela en el año 301 el edicto del *maximum*, por el que podemos conocer los precios topes de los alimentos, o los salarios. Penuria que se expresa en una fiscalidad agresiva, ante la cual las dignidades provinciales —que deben responsabilizarse por su incumplimiento— tratan de huir. Pero permanecerán atados a sus obligaciones por edictos imperiales (Valentiniano y Valente, circa 370 ó 373), situación en ocasiones penosa como la que describe San Basilio en el año 372, el anciano que debe cumplir las funciones de curial en representación de su nieto de cuatro años.

La definición del imperio como entidad cristiana conoce defensores y detractores. Tertuliano o Tácito hablan de las persecuciones de cristianos, la correspondencia entre Plinio el Joven, gobernador de Bitinia, y el emperador Trajano analiza la conducta de los cristianos y las cartas de los mártires se refieren a sus tribulaciones. En la lenta marcha de cristianización del imperio se pueden agregar como testimonios: la aceptación del edicto de Milán, las disputas del arrianismo a través de

los testimonios contemporáneos, el último intento de helenización-paganización realizado por Juliano el Apóstata, cuyas cartas a sus amigos, escritas en griego, lo muestran como fino espíritu, gozador de bucólicas residencias o a quien Amiano Marcelino presenta como temperante, modesto, sometiendo todo “au contrôle sévère de sa raison”. Su intento — neopaganismo precario de corte intelectual y artificial— termina con su vida y con el edicto de Constantinopla del año 381. El cristianismo triunfa oficialmente y tiene que comenzar su tarea de evangelización que según las palabras de los obispos, como Porfirio de Gaza, fue tarea ardua sobre todo en los ámbitos rurales.

Tácito y Amiano Marcelino proporcionan los textos más importantes para conocer a los peligrosos vecinos del imperio. Amiano Marcelino testimonia también acerca de la batalla de Adrianópolis que sella la suerte del imperio que en el período subsiguiente conocerá los “azotes de Dios”. Salviano en su “De Gubernatione Dei” (c. 450 d.C.) se duele: “La tierra entera temblaba otrora ante la voz de un romano; ... todos los romanos tiemblan hoy ante la voz de un bárbaro... Quienes nos han sometido nos venden la luz, nuestra vida y nuestros días. Compramos el permiso de vivir desdichados”. La historia de esos años, del 395 al 476, se teje con testimonios sobre los *magistri militum*, sobre los bárbaros, aliados o enemigos, sobre la vida de los romanos que dejan nostálgicas composiciones como los poemas o las cartas de Ausonio o el *Eucharisticos* de Paulino de Pella, su yerno. En ellas se encuentra el amor por los rincones del imperio que cada uno reconoce como tierra de los antepasados. Ausonio canta laudes a Bordeaux: “¡Oh, patria mía! Tú, célebre por tus vinos, tus ríos, tus grandes hombres, las costumbres y el espíritu de tus ciudadanos y la nobleza de su senado... Burdigala (Bordeaux) es el lugar que me ha visto nacer. Burdigala donde el cielo es clemente y dulce, donde el suelo, que la humedad fecunda, prodiga sus liberalidades, donde las primaveras son largas, los inviernos rápidos y las colinas cubiertas de vegetación...” Todo en la tierra que él llama “reino de mis antepasados” le es grato, añora aún las cosas humildes, por ejemplo, las ostras de “carne grasa, blanca, muy tierna, que a la exquisita dulzura de su jugo mezclan un gusto ligeramente salado, de sabor marino”. El mismo sentido nostálgico presenta el testimonio de su yerno, Paulino de Pella, que nos da ejemplo de la formación —estudios y entretenimientos— de las ocupaciones, de las tribulaciones de un señor romano del siglo v. En el *Eucharisticos* que escribe al final de su vida en 459 ó 460, encontramos la narración de toda su existencia. Las desdichas que caen sobre el imperio las explica —luego de su conversión— como castigo por los pecados de los romanos: “Que nadie se asombre por el hecho de que tantas bellas provincias hayan caído bajo el dominio de los bárbaros. Dios se las ha entregado para purificarlas de las suciedades que los romanos habían extendido por todas partes y restablecer allí la castidad que habían proscrito”.

La muerte del imperio está ligada a la riada que lanza Atila. Importan por tanto los textos de Priscos, “Sobre las legaciones”, en que aparecen la fuerza de los bárbaros, las intrigas que el imperio de Oriente urde para contenerlos. El libro expresa el enfrentamiento de las dos potencias en las personalidades de Aecio y Atila y sus muertes, casi con-

temporáneas. Se concluye con las opiniones dispares sobre los bárbaros. Sidonio Apolinar se lamenta de vivir “en medio de las hordas bárbaras, ensordecido por los sonidos de la lengua germánica, obligado a asumir la apariencia de elogiar lo que canta, hartado de comida, el burgundio de caballos engrasados con manteca rancia”. Pero también describe con simpatía al rey de los visigodos, Teodorico. Germania y Romania comienzan a acercarse para fundirse.

El libro de Coudy introduce cada una de las partes con una breve reseña histórica y cada texto con la mención del autor, su época y su valor como testigo. Un comentario breve pero que presenta —necesaria presentación— el texto seleccionado. De lo acertado de la selección hablamos ya al mencionar los documentos no sólo sobre la historia política sino también sobre la mentalidad de esos grupos que se complementarán en la constitución de un nuevo mundo en la Edad Media.

NILDA GUGLIELMI

DONALD E. QUELLER, *The office of ambassador in the Middle Ages*.  
Princeton University Press, 1967.

Importa destacar el título del libro de Queller porque implica el estudio de una labor que, larga de siglos, se ordena, en el período que ha elegido el autor —desde fines del siglo XII al siglo XV— dentro de pautas claramente establecidas. De manera evidente, la conciencia que de sí mismas comienzan a elaborar cada una de las entidades políticas de la comunidad europea contribuyen a la fijación de lo que comienza a ser oficio y función determinados por normas precisas.

Queller ha elegido para realizar su estudio las fuentes que le brindaban tres ámbitos europeos: Venecia, Flandes e Inglaterra. Cada uno de ellos, según precisa, modelo de una forma política: una ciudad-Estado, un gran condado, una monarquía nacional. A esa documentación principal ha agregado otros testimonios y de todos ellos ha surgido la figura del embajador medieval, conectado con otras formas de legados o emisarios que también analiza Queller. Porque, en efecto, la figura del emisario no es nueva para la Edad Media ni para el siglo XII. Se ha expresado, a través de los siglos, con terminología diversa y en condiciones múltiples. En primer capítulo hace un exhaustivo análisis del vocabulario relativo a la historia de los representantes diplomáticos. Una de las palabras más amplias y comprensivas es la de *nunciatus*, muy antigua —se usó en la época merovingia— que continuó en vigor durante siglos. Usada preferentemente para designar a los *missi* laicos, cubría gran número de matices diversos, desde el enviado más importante hasta los más bajos como podían ser los mensajeros profesionales u ocasionales. Para designar a éstos existía además un vocabulario extenso que indicaba la modestia y a veces la minusvalía de quiénes los desempeñaban: *cursores*, *tabellarii*, *fanti* o *varletti*, términos a los que hay que agregar, por muy

expresivos, las palabras inglesas que aparecen a mediados del siglo XIII: *coquinus* o *cokinus*. En éstos su significación de pícaros de cocina, de gorriones, indica lo extensa que podía ser la acepción de enviado o emisario.

El *nunciatus* será pues el enviado laico por excelencia, mientras la diplomacia papal usará preferentemente el de *legatus*, aun sin excluir el de *nunciatus* para misiones de menor importancia.

El *nunciatus* como el *legatus* —para tomar los dos términos más importantes— son representantes de su mandante en el pleno sentido de la palabra, sus figuras implican mayor flexibilidad que cualquier documento escrito que pudiera ser librado por las cancillerías. Por ello recibían honores dentro del ceremonial prescripto para su señor y mandante.

La misión de enviados o emisarios comienza a transformarse según las nuevas necesidades políticas. La mayor facilidad de las comunicaciones y la mayor necesidad de información determinan un nuevo aspecto del enviado, ya no se trata del emisario *ad hoc* sino del embajador residente o permanente. La nueva figura diplomática implica una mayor intensidad en las comunicaciones y también una dependencia más estricta del enviado con respecto de sus mandantes. También se transforman las funciones del enviado pues debe realizar en menor medida negociaciones y tratados de resolución inmediata, su labor más importante consiste en proporcionar información, necesaria para las maniobras políticas de los Estados. Esta circunstancia relacionará a los embajadores con los medios de comunicación, cada vez más veloces y organizados. Los embajadores hubieron de tener en cuenta la condición de las rutas, de los puentes, la circunstancia de los Estados por donde habían de pasar los mensajeros y las posibles alianzas adversas.

Por lo tanto, la función y los medios se transforman según las nuevas necesidades de la sociedad europea en que se afirman las unidades políticas, reconociendo límites propios y ajenos y estableciendo mutuas relaciones constantes.

Queller analiza luego las funciones del embajador, lógicamente públicas, a las que en ocasiones se agregaron misiones de tipo privado. En términos generales podemos decir que todas las funciones cumplidas por los *nunciatus* fueron realizadas también por los embajadores. Recalcamos que le competen funciones de dos tipos: obtención de informaciones y realce y complicación del ceremonial. Para obtener información los enviados cruzaron con frecuencia los límites legales e incurrieron en espionaje. Los bizantinos, expertos en todas las sutilezas del juego diplomático, desconfiaron siempre de los embajadores, según revelan muchos testimonios, en especial la legación de Liutprando de Cremona.

La complicación de las formalidades de la tardía Edad Media implicó la participación de los *oratores* en diversas festividades con que se honraban las fechas fundamentales de la vida de los príncipes y de los Estados. En estas ocasiones precisamente corresponde utilizar el término de *oratores* pues los enviados hubieron de pronunciar en esas ocasiones mensajes gratulatorios o de condolencias.

Aparte de este tipo de ceremonias, la tarea de discutir pactos, tratados, etc., correspondía a los enviados y a los representantes de la otra potencia —*tractatores* o *practicatores*— pues era sumamente raro que

los príncipes participaran directamente; el pontífice constituía excepción. Como los *nuncii*, el embajador no tenía la posibilidad de concluir tratados sin solicitar la autorización previa de su gobierno. En el siglo xv el normal resultado de las negociaciones fue una serie de *capitula* o minutas que recogían las decisiones de ambas partes, minutas que luego se transformaban en el tratado cuando el mandante daba su aprobación. A veces se enviaban embajadores plenipotenciarios munidos precisamente de poderes para concluir el pacto. Pues en él aparece la *plena potestas*. “El plenipotenciario actúa por su propia persona, ejerciendo su propia voluntad, en nombre de su mandante.” En ocasiones en una misma persona se reunían las condiciones de embajador y plenipotenciario puesto que el embajador no era plenipotenciario *per se*. O sea en cada caso se indicaban las capacidades del enviado, que en ocasiones tendía a excederse.

Además de las funciones del embajador, Queller analiza los distintos tipos de mensajes, cartas de instrucciones y credenciales en el capítulo *Letters and reports*. Entre esas formas de comunicación deben destacarse las *relazioni* de los embajadores venecianos. Sumamente interesantes porque los enviados no se limitan en ellas —escritas al concluir su misión— a hablar del objeto específico de su legación sino que trazan un amplio panorama de las condiciones de los Estados en donde se habían desempeñado. Analiza Queller luego el personal y los gastos que implicaban una misión diplomática. Los enviados podían pertenecer a las clases media o alta pero las embajadas particularmente solemnes sólo contaban con embajadores del más alto rango social. Cuando se afirma el sentido de nacionalidad se excluyen los extranjeros de las misiones diplomáticas. Los eclesiásticos son elegidos con frecuencia pues reúnen varias ventajas: la consideración y seguridad que derivaban de su investidura y su capacidad cultural. Cuando las misiones implicaban conocimientos técnicos se encargaban de ellas a legistas o canonistas. Hacia el final de la Edad Media, el prestigio de los humanistas hizo que cumplieran con frecuencia misiones diplomáticas. El costo de las embajadas fue demasiado oneroso en general para los Estados medievales y por tal circunstancia éstos encargaron de ordinario de las funciones a quienes podían hacerse cargo de los gastos, total o parcialmente.

La inmunidad de los embajadores es objeto de otro capítulo, la protección se extendía a su persona, su comitiva y sus bienes. Esta protección, plenamente establecida en la teoría, fue infringida en muy pocas ocasiones. La deferencia en el trato de los legados implicó un complicado ceremonial, que debió ser cuidadosamente respetado.

Las pautas que se fueron elaborando en el transcurso de esos tres siglos delinearon al embajador residente que no suplantó a la vieja figura del *nunciatus*, ambas coexistieron y se emplearon según las circunstancias.

Este importante trabajo ha sido realizado especialmente sobre fuentes documentales: credenciales, poderes, instrucciones, relaciones, tratados, paces... Como fuentes suplementarias se han utilizado crónicas, en particular aquellas escritas por quienes habían desempeñado funciones diplomáticas como Villehardouin o Commines.

Se incorporan también los testimonios de las fuentes legales como el *Corpus juris civilis* o el *Corpus juris canonici*. Se tienen en menor consideración los tratados teóricos puesto que de ordinario están lejos de

la realidad vivida por los embajadores y de los métodos empleados.

La obra habla por tanto de la función diplomática de manera exhaustiva y presenta además un más amplio panorama, el de la evolución de las formas nacionales y la fundamentación jurídica de las mismas en la Edad Media.

NILDA GUGLIELMI

JEAN MARIE ANDRÉ. *L'Otium dans la vie morale et intellectuelle romaine, des origines à l'époque augustéenne*. 1ª edición, París, Presses Universitaires de France, 1966. Publications de la Faculté des Lettres et Sciences Humaines de Paris, Serie "Recherches", tome XXX. 1 vol. 576 p.

Es original la idea del autor de tratar de dilucidar el concepto de *otium* en Roma, especialmente porque no existe un estudio especial sobre el tema, ya que los trabajos filosóficos no aclaran sino la forma más evolucionada, la madurez filosófica de la noción.

El Prefacio que presenta la obra es valioso porque da a conocer no sólo los motivos que lo inspiraron y las obras consultadas, sino los objetivos, vinculaciones y plan general de la obra. Establece que una historia del *otium* romano debe estar firmemente basada en la historia de la lengua y la civilización, aunque aclara que el presente estudio no pretende ser un relato de las formas de diversión en Roma. Fue planeado con la perspectiva de "la vida moral e intelectual romana", pero aun para ello es preciso vincularlo a la organización política y social, al mundo del trabajo y la economía, al empleo del tiempo libre, la cultura, los viajes y la religión.

J. M. André establece asimismo el criterio seguido para la cronología de los diversos capítulos, en los que, dada la naturaleza de algunas obras de autores clásicos, no es posible ajustarse a una estricta cronología; en algunos casos esto se debe a la necesidad de comparar los conceptos filosóficos de diversos autores. Luego analiza las dificultades etimológicas basadas en postulados semánticos que a su vez pueden estar relacionados con la filosofía o sociología.

La investigación realizada lleva al autor a la convicción que el *otium* primitivo se refiere a un concepto militar con el que se designa el reposo de las armas. Hace un estudio de sinónimos y metáforas con cuya complejidad quiere probar la riqueza del concepto y concluye el Prefacio agradeciendo a todos aquellos que facilitaron o apoyaron su investigación.

La obra se presenta dividida en tres partes, en la primera: "L'otium des origines a la victoire de l'Hellénisme", el autor se esfuerza por desentrañar el origen y significado de la palabra *otium*, que es mencionada por primera vez por un coro de soldados de la *Ifigenia* de Enio, se preocupa por buscar en la traducción analítica el contorno histórico, para

deducir, a través del *De Republica* de Cicerón, que es la “tranquilidad nacida de la suspensión de las armas”.

Señala luego que Catón considera al *otium* semejante a deambular y lo compara con *luxuria*, es decir la sustracción a la ley del trabajo, que distingue entre el *otium urbanum* y la vida austera de los campesinos para los que aquél es un perjuicio moral. J. M. André analiza los discursos de Catón para señalarlo como uno de los principales opositores al género de vida griego, para establecer la relación *otium-luxuria* y *otium-lasciua* y para exponer la teoría que la prosperidad entraña el relajamiento del control que el hombre ejerce sobre su conducta y pasiones. En cambio en Escipión Emiliano se produce una variación de conceptos, ya que al admitir el *otium* lo legitima.

En el capítulo II hace un profundo estudio sobre las investigaciones hechas para dilucidar el origen de la *Palliata*, así como la originalidad de los temas, los caracteres de los personajes, las alusiones a costumbres nacionales y la oposición de la ciudad y el campo.

Transcribe ejemplos de las comedias de Plauto y Terencio, en que opone la vida honesta a la vida de los placeres, la aparición de los conceptos de paz y guerra, los vicios del parásito, el individualismo voluptuoso; analiza los amores adolescentes y la crisis moral de la vejez, y a raíz de estos males, ciertas preocupaciones de armonía y orden social.

Posteriormente considera la importancia del *otium* en la vida política e intelectual del siglo II a.C. El círculo de los Escipiones abierto a las influencias helenísticas genera una moral aristocrática fácil de reconstruir a través de los testimonios de Cicerón, al que el autor analiza profundamente determinando hasta qué punto el orador expresa ideas propias y ajenas.

Analiza la influencia de Aristóteles en la clase aristocrática dirigente y cómo se impulsa el desarrollo de la vida intelectual, a la vez que se producen grandes cambios socio-económicos que incidirán gravemente en las crisis políticas del fin de la República.

Estudiado el concepto de *otium* en el siglo II a.C. en relación con el pensamiento político, que establece la supremacía de los intereses de la comunidad, con la virtud, la concordia y los fundamentos morales de la justicia. De esta manera la noción de *otium* se enriquece notablemente.

En la segunda parte: “L’*otium* dans la littérature a l’apogée de la République”, continúa la investigación con respecto al contenido conceptual delineando las grandes tendencias literarias y morales, a través de Salustio, Veleio Patérculo y la política del círculo de los Escipiones que habían pensado fijar límites al *otium* y encauzarlo en el sentido de meditación política, abriendo con esto la ciudad a influencias nefastas. Explica detalladamente la introducción, difusión e influencia de la doctrina epicúrea en Roma, basándose en el estudio de numerosas fuentes e investigaciones filosóficas modernas, se plantea la cuestión de si el *otium* en contacto con el Epicureismo logró desarrollar una poesía frívola y si favoreció el apoliticismo egoísta. Para ello investiga los poemas de Catulo y Lucrecio, hace transcripciones y compara algunos versos para señalar la diversidad de conceptos; concluye que la doctrina epicúrea ha tenido en los medios poéticos una influencia dispersa.



Con referencia al apoliticismo, estudia las obras de Lucrecio y Cicerón, señalando la explicación del poeta acerca de la ambición de honores y riquezas como debidas a la obsesión humana por olvidar la muerte.

Luego analiza el contorno histórico en que desarrolló su carrera política Cicerón para comprender los ideales del orden ecuestre. Determina las variaciones anímicas del orador entre la actividad pública y el retiro esporádico a través de un minucioso estudio de los discursos y especialmente las cartas a Atico, el *De Oratore* y el *De Republica* de los cuales se extrae el concepto de *otium* de Cicerón.

Pasa posteriormente a estudiar el *otium* y la filosofía de la historia en Salustio, lo define como de los hombres que aceptan la caída de la República que dejan entrever sus decepciones y rencores y el desagrado por la corrupción moral, causa de la pérdida de los valores políticos. Señala la concepción política e imparcialidad de Salustio, así como su comprensión del *otium* relacionado con la *libertas*. Lo considera un cronista de la decadencia especialmente a través del Catilina, donde se da importancia al fenómeno económico de enfrentamiento entre el lujo agresivo de los ricos y la miseria de los desheredados, concluye que la postura de Salustio traspasa la Historia como disciplina para penetrar en la ciencia del hombre, la decadencia se relaciona con la dolorosa condición del espíritu humano y su desorden fatal.

En la tercera parte de la obra: "L'otium dans la culture et dans la pensée Augustéennes", se explica la evolución moral durante el principado de Augusto. En primer lugar, el autor explica el panorama del período posterior a la muerte de César y deduce que la grave crisis de las guerras civiles desemboca en el triunfo del apoliticismo, por lo tanto las clases superiores dedicarán todo su tiempo a la vida social y mundana y el pueblo a la vida profesional y las fiestas.

El término *otium* no aparece en la *Res Gestae*, ni tiene mucha cabida en las obras de Horacio, Virgilio y Tito Livio porque sólo la paz y la concordia representarán los ideales políticos. Augusto mismo dio mucha importancia a la organización de la vida social y los espectáculos, de ahí toda su obra edilicia. En este ambiente los elegíacos romanos han realizado sus obras que se presentan como crónicas del *otium* amoroso. A través de Ovidio, que se acomoda a la inmoralidad reinante, de Tibulo y Propertio, que después del fascinante descubrimiento del amor, llegaron a la triste comprobación de su fragilidad, se manifiesta que el *otium* amoroso no confiere la paz del alma y que la poesía no debe ser desglosada del contexto de la cultura romana.

La reacción moral se trasunta en la obra histórica de Tito Livio, en la que el eje central está dado por la colaboración entre la Virtus y la Fortuna, la gloria se consigue como recompensa del esfuerzo humano. Señala el problema de las luchas políticas, los recursos de Tito Livio como narrador, la primacía de la moral sobre el relato simple.

Se refiere a continuación a la evolución moral de la poesía de Horacio, su antimilitarismo y antimercantilismo, el llamado a la serenidad, su ideal campestre, el valor de la poesía. Todo esto muy bien elaborado por el autor a través de las Odas, Sátiras, estudios y bibliografía contemporánea, de ello deduce que el *otium* de Horacio es íntimo, moral y filosófico.

Por último el tema que corona la obra es el concepto virgiliano del *otium*. A Virgilio, alma sensible que se encuentra en la confluencia de todas las corrientes espirituales de su época, le corresponde el mérito de profundizar la noción de *otium*, al que hace participar de los seres y conocimiento filosófico del mundo. Siendo contemporáneo de las guerras, exaltó la paz y contribuyó a la ilustración de los valores morales. Tuvo éxito en poner el *otium* bajo el signo de la espiritualidad y a pesar de la evolución que se manifiesta de las Bucólicas a la Eneida, supo mantener su parentesco primitivo con las penas y alegrías de los hombres.

La conclusión que acompaña la obra: "L'heritage de l'otium républicain. Vers l'otium imperial...", determina la dualidad dada entre *otium-pax* y *otium-relaxatio*, destaca la evolución de la República al Principado, porque en el siglo I de nuestra era el *otium* tiende a concebirse como un ideal absoluto, como una realización humana de vida espiritual que da comienzo a la supremacía del individualismo.

La selecta bibliografía que acompaña al texto, está clasificada en textos latinos y griegos, léxico de autores, estudios de conjunto y bibliografía analítica por capítulos. Por último, presenta los Index Nominum Selectorum, Index Rerum Notabilium e Index Verborum Graecorum.

La metódica y minuciosa investigación presentada, hace posible calificar a esta obra de J. M. André como un valioso aporte para la comprensión del *otium* romano.

IRMA Y. ZANELATO

"Tiranide e Saggeza di Alexandre Kojève". Traducción, presentación y bibliografía de Nicola de Sanctis, en *Studi Urbinati di Storia, Filosofia e Letteratura*. Año XLIII. Nueva serie B N° 1. 1969. Presso l'Università degli Studi Urbino.

El trabajo de A. Kojève que se presenta "L'action politique des philosophes" publicado en "Critique", 1960, N° 41, pp. 46-55 y N° 42, pp. 38-155, reeditado con el título de "Tyrannie et Sagesse" y con algunas variantes formales en L. Strauss "De la Tyrannie", París, Gallimard, 1954, pp. 217-280, no quiere ser sólo una respuesta a la interpretación de L. Strauss en su libro "On Tyranny. An Interpretation of Xenophon's. Hiero". New York, Political Science Classics, 1948, sino una puntualización crítica diferente.

Advierte De Sanctis que la trama de la discusión no es muy simple, porque en el escrito de Jenofonte hay dos políticos que hablan un lenguaje propio exponen sus puntos de vista y su particular y diferente extracción cultural. En el momento en que Jenofonte habría debido ser interpretado en su forma propia se convierte en una simple ocasión para un cambio de tesis Strauss-Kojève.

La obra de Strauss, no es un simple análisis sino una interpretación destinada a desentrañar el sentido profundo del pensamiento de Jenofonte referente al problema de la tiranía; él mismo aclara que el Hierón

de Jenofonte “señala el más estrecho punto de contacto entre lo antiguo y lo moderno en la ciencia política”.

Con respecto al argumento del Hierón, no hay mucho que decir, los dos personajes son Simónides y Hierón, Simónides da sus consejos espontáneamente, Hierón no hace ningún comentario después de haberlo escuchado. Este hecho constituye el punto central del estudio, se plantean varias cuestiones entre ellas, si Hierón acepta los consejos de Simónides, si los seguirá, si cambiará su modo de gobernar y por último el definir qué clase de sabio se encuentra delante del tirano. En cierto momento del diálogo Hierón y Simónides se ponen de acuerdo sobre la necesidad de tomar algunas medidas impopulares para llegar al poder. Simónides afirma que el tirano podría mantenerse en el poder sin recurrir a la violencia, pero no dice cómo necesita comportarse para anular las medidas impopulares sin poner en peligro el poder del tirano o aún la existencia del Estado, por lo cual se comporta como un simple intelectual que juzga y critica los acontecimientos a partir de su ideología. Según Strauss los consejos de Simónides son totalmente utópicos así como el concepto de tiranía ideal. Por esto, según su observación compartida por Kojève, Hierón al no responder se conduce como un sagaz hombre de estado. Ante eso Strauss y Jenofonte están de acuerdo pero no Kojève, que se pregunta si la renuncia a la tiranía no es una renuncia al gobierno en general, y basándose en la filosofía de Hegel interpreta que “lo que quiere Hierón, el tirano, es el deseo de ser reconocido. Su felicidad o infelicidad depende de esta aspiración fundamental”. Basándose en la “Fenomenología del Espíritu”, deduce que conquistar autoridad a los ojos de alguno significa hacer reconocer esa autoridad, de esta manera el deseo de reconocimiento sólo será satisfecho cuando el tirano llegue a la jefatura de un Estado universal, socialmente homogéneo.

Bajo estas consideraciones plantea la necesidad del tirano moderno de seguir los consejos de un sabio. Pero aquí aparecen una serie de problemas y contradicciones, entre ellos, que no existe un sabio omnisciente; que el filósofo pueda o quiera participar en el gobierno por medio de sus consejos; aquí el discurso se hace más complejo para Kojève porque, si el filósofo busca la verdad queda limitado en el tiempo y debe renunciar a la acción, si así lo hace se encerraría en un círculo de intelectuales y su misión está en extender su acción sobre los demás, pero si el filósofo se ocupa de los asuntos del Estado deja de ser filósofo.

A partir de este momento cuestiona si realmente el filósofo debe renunciar a la acción política directa, y esto, deduce, es una discusión que tiene dos mil años y no aportó ninguna solución.

Todo esto está confirmado por la opinión común ya que los filósofos no sólo no han gobernado los Estados sino que los políticos han despreciado sus consejos. Pero los más grandes hombres de estado, han tratado de imitar a Alejandro Magno, discípulo directo de Aristóteles e indirecto de Platón y Sócrates.

Lo que define la concepción política de Alejandro es la idea de un imperio como estado universal concebido no como el dominio de un pueblo sino como la manifestación de una civilización única y universal semejante al Logos.

“De aquí Kojève concluye que el fin político actual de la humanidad es la aspiración al Estado homogéneo y sin clases imaginado por Alejandro.”

Como consecuencia desde el punto de vista Hegeliano, basado en la comprensión de la Historia, las relaciones entre el filósofo y el tirano han sido siempre razonables. Sería irrazonable para el hombre de Estado querer negar el valor filosófico de una teoría solamente porque no puede ser aplicada a una situación política dada. De la misma manera, sería irrazonable que el filósofo en función de su propia filosofía, quisiera criticar medidas políticas concretas tomadas por el hombre de Estado, sobre todo en el caso en que las toma para realizar el ideal mismo que el filósofo sostiene.

De aquí que la concepción de Kojève, sea que “el filósofo post-hegeliano, mejor porque sabio, puede y debe hacer valer su propia intervención”.

IRMA Y. ZANELLATO

EDOUARD DELEBECQUE: *Thucydide et Alcibiade*, Aix-Provence. Ed. Ophrys, 1965, 250 p., tabl., un mapa (Publications des Annales de la faculté des lettres Aix-en-Provence, Nouvelle série, 49). Cab. port.; Centre d'études et de recherches helléniques de la faculté des lettres et des sciences humaines d'Aix, 5).

La presente obra contiene, una introducción, una brevísima nota preliminar, el cuerpo se halla dividido en tres partes, la primera tiene dos capítulos, la segunda siete y la tercera tres, que a su vez están subdivididos. Agrega una cronología sumaria-comparativa entre Tucídides y Alcibíades y una bibliografía que indica los libros esenciales para el tema aquí tratado. Resulta muy interesante la mención, al comentar un artículo de Mme. de Romilly, que efectúa sobre la idea desarrollada acerca de la personalidad de Alcibíades “quien aparece como el salvador recordado y llamado en una ciudad que ya no tiene a Pericles”. Señala que proyecta una edición del libro VIII presentada conforme a los principios de composición establecidos en el trabajo que nos ocupa. El mapa es útil como auxiliar del último libro de “Historia de la guerra del Peloponeso”. En la introducción puntualiza que ha tomado como base para un análisis reflexivo, el libro VIII. Tratará de hallar en “estas páginas supremas”, explicaciones sobre la última parte de la guerra considerando a la obra inconclusa, y respuestas a algunos interrogantes importantes. Aclara que no pretende dar soluciones a “un problema insoluble”, sólo hacer un aporte más, quizá arriesgado, sobre dos personalidades “tan cautivantes de la antigua Grecia” como lo fueron Tucídides y Alcibíades. El estudio sobre este último, es un ensayo que lleva a componer una imagen de este personaje tal como lo había interpretado Tucídides, que no podría ser apartado del de Aristófanes, pero que tiene diferencias del presentado por Jenofonte, Platón o Plutarco. La nota

preliminar aclara que el estudio se fundamenta en la llamada segunda parte —se ocupa más adelante de concretar la idea— y usa ejemplos de libros precedentes al libro V, indicando los pasajes donde figuran los términos que se apartan del vocabulario que adoptó. Debido a la brevedad que caracteriza generalmente una reseña bibliográfica y a que la interpretación de los objetivos del autor no son de muy fácil comprensión, dada la difícil temática que aborda, cada capítulo se presentará en apretada síntesis excepto donde sea indispensable hacer un análisis más detallado por considerarse de fundamental importancia. La primera parte se titula “Las leyes de la composición, libro V, 26 al libro VIII”. En el capítulo uno, “La materia a ordenar”, el autor anuncia su objetivo que es de tratar de despejar una anomalía en el método seguido por Tucídides para organizar su obra, de explicar las causas y llegar a posibles consecuencias, juzgando como natural que el historiador haya querido elegir por sí mismo las leyes de la composición. Pero evidentemente una “tentativa de esa naturaleza”, exige una investigación previa, por lo menos tener en cuenta las dificultades enumeradas en el libro I 22,2-3. Según Delebecque Tucídides no careció de recursos para exponer sus propias conclusiones y a la vez exponer el resultado de las investigaciones sobre lo acontecido. Así encontramos en una misma página reflexiones personales y una serie de hechos que son el resultado de una larga investigación.

Para el autor, Tucídides separa estos dos elementos muy claramente y en el capítulo 26 del libro V, que es donde expone sus intenciones y método, anuncia las limitaciones de su trabajo, marcando como si fuera con un sello, que lo que sigue es una segunda parte. En “Thucydide et Alcibiade” hallamos un agudísimo estudio sobre el método seguido por Tucídides al narrar la expedición a Sicilia y presenta, por ejemplo, el análisis aplicado a un pensamiento colectivo tomando el pasaje del libro VI, 1, 1 y 6, 1-2 en el que Tucídides, mientras estudia los motivos de la intervención de los atenienses en Sicilia, distingue los sentimientos de los ciudadanos mayores, de los atenienses próximos a servir a la ciudad y de los soldados. Otro ejemplo es cuando toma los movimientos de la flota comandada por Nicias, Alcibiades y Lamacos que están repartidos en el libro VI. “Uno puede pensar que esta división de un mismo episodio en tres partes, es debido a un esfuerzo artístico en que Tucídides busca mezclar hechos contemporáneos, aparecidos en dos escenarios diferentes para resaltar la viviente complejidad de su historia”. Para el autor las reiteraciones de Tucídides no tienen como causa primera una voluntad de insistencia, como de un teórico que se esfuerza para hacer adherir al lector a sus ideas, sino que piensa más bien que el despedazamiento constante de los hechos entrañan en sí una repetición de los juicios que los explican y que se debe a la existencia de método consciente y deliberado. Invita desde entonces a buscar las causas y a estudiar las consecuencias del fenómeno, para que nosotros tengamos una idea de este método elegido por Tucídides. Después de haber constatado el resultado del trabajo, se puede intentar entrever “al historiador en el trabajo, frente a la multiplicidad de problemas que ya con la documentación reunida y sus pensamientos ordenados, le faltan aún resolver.”

El segundo capítulo, “La materia ordenada”, sirve para resaltar el método adquirido por Tucídides quien divide su trabajo en años, cada

uno en dos estaciones y éstas a su vez fraccionadas en otras tantas partes exigidas por las acciones: "... en cada parte o sector reparte una infinidad de secciones más o menos largas según la importancia de los hechos y la abundancia más de la documentación que de la materia, ... Las acciones ... progresan simultáneamente en los diversos sectores de la historia y las secciones pueden ser sucesivas o concomitantes, con simultaneidad total o parcial, pero jamás, en el relato, la acción sale del cuadro de la estación". Para Delebecque, Tucídides, al escribir sobre la guerra jónica, donde se acentúa la multiplicidad de acciones y escenarios se ha aferrado con más fuerza que nunca a un método donde los hechos están "menos ligados por la lógica de sus afinidades que separados por los principios de la cronología". Para el autor, en esta parte final se descubren leyes de excepción que merecen un examen especial. La segunda parte se llama "Alcibíades y el libro VIII". El capítulo primero, "Los cuarenta primeros capítulos del libro VIII", aclara que incluye los que van del 57 al 60. El método que ha tratado definir en la primera parte, es el seguido en los cuarenta y cuatro capítulos mencionados. Es más claro transcribir un ejemplo para destacar cómo lo analiza.

"Fin del verano 413 (capítulo uno = 30 líneas)

Tucídides estudia los efectos en Atenas del desastre en Sicilia Invierno 413/2 (capítulo 2 al 6 = 113 líneas).

La acción está en adelante distribuida en dos escenarios principales: Grecia propiamente dicha, y Jonia. En Grecia está repartida en tres sectores, Decelia, Esparta y Atenas (accesoriamente Eubea), en Jonia en cuatro sectores; los dos primeros son Chios y Lesbos y los otros dos, relativos a los hechos persas, deben ser atribuidos a los hombres, porque forman dos compartimientos separados, uno para el sátrapa Farnabazo y otro para el otro sátrapa Tisafernes ..."

Analiza los capítulos 7 al 28 que son cuatrocientas seis líneas y en cuanto al invierno 412-11, dice que hay dos partes, la primera comprende los capítulos 29 al 44, los estudia y luego el grupo de los capítulos 45 al 56. Los que forman la segunda y última parte del invierno del 412, son los que abarcan del 57 al 60 y resume sus contenidos. El capítulo dos, "El grupo de capítulos 45 al 56", es donde está la excepción señalada.

Delebecque manifiesta que si bien fue Wilamowitz el primero en entender que esos capítulos forman un "ensemble" particular, es Louis Boudin quien en la segunda parte de su estudio "Tucídides y la génesis de su obra", lo dedica a la estructura del libro VIII. Agrega cuál es para él, el defecto capital del primer autor citado y cuál "el descubrimiento" del segundo. Es indispensable para una comprensión provechosa de este trabajo que nos ocupa, el manejo total de la obra de Tucídides pues se entra en el análisis profundo de los capítulos 45 al 56 a los que divide en seis escenas y a su vez éstas están subdivididas con letras y números. Por ejemplo, señala más adelante que la primera escena tiene una regresión cronológica importante porque comienza exponiendo las circunstancias de la ruptura entre Alcibíades y Esparta, el pasaje es del invierno del 412-11 y el hecho ocurrió durante el verano del 412. Forman un grupo de naturaleza nueva. En los capítulos anteriores teníamos una pluralidad de secciones, breves, dispuestas en sectores, según los orígenes de la información. Ahora estamos en presencia de seis escenas habitualmente sucesivas algunas veces simultáneas, que forman siempre parte de un mis-

mo bloque. Una segunda característica de este grupo, sería la novedad de la composición, ya que la concomitancia de las escenas cuatro y cinco, no es un signo del método antiguo. La composición responde a un principio de unidad nuevo, está organizada alrededor de un hombre, Alcibíades, "lazo viviente entre las escenas". Menciona otros trabajos a ese respecto. La unidad de las seis escenas organizadas alrededor de un personaje central con la intención demostrativa de una tesis lo lleva a creer que se estaría en presencia de un agregado a una narración anterior. Hace una tabla comparativa, no es la única, entre los capítulos 29 al 44 a los que llamará en adelante narración antigua o primera y los capítulos 45 al 56 a los que nombrará como narración nueva o reciente. En los cinco capítulos restantes continúa el análisis por grupos de todo el libro ocho. La tercera parte se llama "Alcibíades y la obra de Tucídides". En ella también podemos apreciar la meticulosidad con que el tema está tratado lo cual podría estar demostrado si tomamos un pasaje del capítulo dos, "Alcibíades a partir del libro V", donde Delebecqué estudia las dos regresiones de Tucídides frente a Alcibíades, una para explicar por qué no se los tuvo en cuenta por su edad al concretar la llamada paz de Nicias, sin tener en cuenta la antigua "proxenia" que unía su familia con los lacedemonios. Sin duda su abuelo habría renunciado a ella "pero el historiador nos informa, por una segunda regresión, que Alcibíades se había ocupado de los prisioneros de Esfacteria con la intención de restaurarla, esa tentativa se ubicaría entre el verano del 425 y la primavera del 421. Esta sería explicable, pero lo interesante es que el autor señala que cuando Tucídides menciona estos acontecimientos, es cuando el personaje empieza a actuar en política y usa la expresión "aún demasiado joven", "...no está desplazada sin duda de donde la encontramos", pero el tono del adverbio aún, que puede reemplazarse por "en aquella época", da la impresión de una redacción más reciente, posterior al contexto". Tucídides, a propósito nuevamente de Alcibíades, utiliza el mismo adverbio, como si fuera natural en razón a la diferencia de años entre la época de los hechos y de la narración.

El capítulo dos, llega hasta la batalla de Mileto en verano del 412. El capítulo tres, contiene las conclusiones donde se puntualiza que Alcibíades podría servir para esclarecer el problema de la génesis de la obra de Tucídides ya que en ella se presenta como dos personajes en un espacio de 37 capítulos. Tucídides suma a las adiciones organizadas desde el capítulo 45 al 82 del libro VIII, las doce escenas alrededor de este protagonista. Después, a partir del 83 hasta el fin se unifica la narración por una mezcla de datos viejos y nuevos sobre Alcibíades. Señala aportes de otras obras, como "Helénicas", referido a un posible encuentro de Alcibíades y Tucídides antes de 407, pero la descarta, siendo más seguro después del 407, expone sus razones y lo ubica entre 406-405. También puntualiza los aportes de Aristófanes en la comedia "Las Ranas", y finalmente vuelve sobre el capítulo 109 del libro VIII. Por último debe destacarse que la obra posee índice analítico, que facilita la tarea de su manejo pero puede llevar a equívocos el tomar un subtema totalmente apartado del contexto pues las características especiales y enfoque de este trabajo, no son de los que permiten una acción de esa naturaleza.